

La Unión Europea y el sistema-mundo contemporáneo

JOSÉ MARÍA TORTOSA

Universidad de Alicante

El tema «Europa» interesa. Además de las especializadas, revistas de diversas disciplinas y nacionalidades le han dedicado recientemente un número monográfico o le han consagrado un espacio importante.¹ Una revisión rápida de dichos materiales permite dos reflexiones iniciales. En primer lugar, que en Europa sucede algo semejante a lo que pasa en América, a saber, que una de las colectividades que las componen se alza con el aparente derecho a ser llamada con el nombre del todo. Estados Unidos no es toda América, aunque así se autodenomina coloquialmente, y la Unión Europea no es toda Europa, pero así se la denomina en muchas publicaciones y en frecuentes discursos políticos. Tomar la parte por el todo puede ser una respetable figura poética mientras no oculte o encubra planteamientos ideológicos. En este trabajo, pues, distingo entre Europa y los 15 miembros de la Unión Europea, Comunidad Europea hasta el Tratado de Maastricht.

La segunda reflexión tiene que ver, a lo que parece, con los avatares de dicho Tratado. El hecho es que en los tratamientos del asunto «Unión Europea» subyace una cierta tendencia a la introversión, si no al autismo. En lo político, la construcción de la Unión parece que acapara gran parte de las atenciones con trabajos que van del problema de su estructura interna (la cuestión del federalismo, la «subsidiariedad», el déficit democrático) al del futuro de los Estados miembros. En lo económico, es la «fortaleza Europa» lo que parece dominar. Es cierto que se discuten las inversiones extranjeras o las relaciones con el llamado Tercer Mundo, pero, por lo general, lo que aparenta estar en el centro de la atención es la creación de un bloque comercial que pueda contrapesar el naciente bloque norteamericano del Tratado de Libre Comercio —NAFTA— que ya se ramifica hacia Centroamérica, y los mucho más embrionarios bloques sudasiáticos como EAEC a partir de ASEAN, SAPTA a partir de SAARC y, por supuesto, APEC,² y esto sin detenerse a pensar en qué medida dichos nacientes bloques puedan ser una respuesta a la Comunidad Europea. Es como si la tendencia corriera pareja al auge de los nacionalismos: si la tendencia global es hacia los particularismos, la Unión Europea está siendo vista igualmente de forma particularista, incluyendo la de los que la estudian para sacar lecciones del proceso europeo de cara a la formación del propio bloque comercial.

El objetivo de este trabajo es explorar en qué medida un determinado enfoque (el de los sistemas-mundo) puede ser útil para plantearse otras visiones

de la Unión Europea, menos introvertidas y particularistas. Lo presento como un enfoque, no como una teoría, para así subrayar el carácter no excluyente de sus resultados.

El enfoque de los sistemas-mundo

El enfoque de los sistemas-mundo, como proyecto intelectual iniciado por Immanuel Wallerstein hace unos veinte años,³ «conceptualiza el sistema-mundo capitalista como una economía-mundo capitalista. Con ello se quiere decir que abarca un único espacio de acción social (originariamente sólo en una parte del globo, pero hoy a lo ancho de todo el globo) dentro del cual se integran múltiples procesos de producción. Dichos procesos de producción están organizados en torno a una división axial del trabajo, o tensión centro-periferia, y en torno a una división social del trabajo, o tensión burguesía-proletariado, que, juntas, permiten la incesante acumulación de capital que define al capitalismo como sistema histórico. Estos procesos de producción integrados están unidos mediante un sistema interestatal compuesto por los así llamados Estados soberanos. Todos estos Estados son entidades que han sido creadas (o transformadas) dentro del marco de este sistema-mundo, aunque no son los únicos actores sociales (o grupos) que han sido creados (o transformados). Las naciones, los grupos étnicos, los hogares, incluso las “civilizaciones” son, en su forma y significado contemporáneos, fenómenos que emergen del desarrollo del sistema-mundo moderno, como también lo hacen las dos divisiones centrales del sistema: el género y la raza».⁴

La exposición que hace Wallerstein de su propio proyecto se sintetiza mediante diez procesos cuyo contenido empírico trata de establecer en su equipo. Reproduzco algunos de los que, a mi vez, considero más relevantes para lo que se va a discutir a continuación y que son los cinco primeros de su lista.

1. *Ciclos y tendencias*. Se parte del supuesto de que el funcionamiento del sistema-mundo es cíclico, pero no se trabaja en medir o fechar las fases⁵ sino que se introducen los ciclos como variables o como instrumentos para medir el tiempo. En el enfoque de los sistemas-mundo, y dado su interés por el cambio social a largo plazo, se interesan, sobre todo, por los ciclos llamados a veces Kondratiev (con una media de 50-60 años de longitud) y por ciclos todavía más largos (de 200-300 años) llamados, a veces, «logísticos». La referencia a la *longue durée* de Braudel es inevitable.

2. *Cadenas de mercancías*. Es lo que integra al sistema más que cualquier otro elemento. Lo que se entiende por ello es relativamente simple. Tomemos cualquier producto de consumo que sea manufacturado, zapatos por ejemplo. Su proceso de producción implica como mínimo material, maquinaria y trabajo. El material, a su vez, puede ser manufacturado o producido de alguna manera.

La maquinaria es manufacturada. El trabajo ha de ser reclutado localmente o mediante la inmigración y ha de ser alimentado, para lo cual hace falta producir alimentos. Se pueden seguir esas huellas hacia atrás tanto en términos de material como de maquinaria o trabajo. La totalidad constituye una cadena de mercancías para el producto de consumo del que habíamos partido y puede ser analizada en términos de su extensión (cuántas fronteras estatales atraviesa), la concentración o dispersión de sus entidades de producción, el grado de integración vertical, la situación (en el centro, en la periferia, en ambos), etc. El concepto tiene un indudable interés, pero no es fácil (a veces no es posible) acceder a datos que permitan su cuantificación unívoca. Sin embargo, es necesario para establecer el carácter de un país en concreto: será central si tiene mayoría de cadenas con alto beneficio, y será periférico si tiene mayoría de cadenas de escasa rentabilidad.

3. *Hegemonía y rivalidad.* El concepto de hegemonía se refiere a aquella situación en la que un poder central es suficientemente poderoso para obtener lo que desea con un mínimo uso de la fuerza y ser un lugar excepcional de acumulación de capital por acumulación de cadenas de mercancías altamente rentables o de las partes más rentables de las mismas. La rivalidad, en cambio, se refiere a una situación en la que la distribución del poder está menos concentrada entre los países centrales y la acumulación de capital es menos desigual entre ellos. En el enfoque de los sistemas-mundo se supone que sólo ha habido tres poderes hegemónicos en la historia del moderno sistema-mundo, a saber, la Provincias Unidas a mitad del siglo xvii, el Reino Unido en la mitad del xix y los Estados Unidos en el xx. Cada potencia hegemónica fue capaz de establecer, en su momento, una especie de orden mundial, y es posible encontrar elementos estructurales comunes a las tres eras de hegemonía.⁶

4. *Regionalidad y la semi-periferia.* Una región de la economía-mundo es una zona compuesta por múltiples Estados que, aunque integrada completamente en la economía-mundo, manifiesta un elevado grado de integración de los procesos productivos dentro de sus fronteras y, por tanto, se vendría a parecer a un único y gran Estado. La regionalidad, prosigue Wallerstein, hace que la atención se dirija a la semi-periferia, conjunto de países situados (y no sólo en el sentido estadístico) entre los centrales y los periféricos. En general, los países semi-periféricos son aquellos que tienen una mezcla relativamente equilibrada de cadenas de mercancías altamente rentables y cadenas de mercancías no tan rentables, mezcla que tiende a correlacionarse con (si no a ser causada por o a ser explicada por) una intervención estatal relativamente alta con el propósito de proteger y mejorar la posición económica de las empresas situadas dentro de ese Estado.

5. *Incorporación y periferización.* La economía-mundo capitalista, en sus orígenes, estaba localizada en una parte del globo. Después, para mantener el nivel de acumulación, tuvo la necesidad estructural y la capacidad política de

expandirse. Mediante este proceso continuo e irregular de incorporación de sucesivas zonas, la economía-mundo capitalista ha llegado a ser coextensiva con el globo. Pero el proceso ha tenido dos aspectos que conviene reseñar. Uno es que las incorporaciones han sido, desde el punto de vista del proceso productivo, relativamente semejantes, cosa que no sucede desde el punto de vista de las estructuras políticas, diferentes antes de la incorporación y bastante semejantes después de ellas. Todo parece indicar, a este último respecto, que la burocracia se creó en las zonas que no tenían burocracia. En cambio, las que tenían un fuerte Estado pre-existente, vieron cómo éste se desmembraba. El resultado fueron Estados de tamaño medio y de fuerza media de forma que los Estados no fueran suficientemente fuertes como para interferir efectivamente en los flujos trans-estatales de factores de producción y, al mismo tiempo, pudieran mantener el orden interno y garantizar la disponibilidad de mano de obra y producción según los intereses de los países centrales. La incorporación es el primer estadio de la periféricización, proceso que implica la profundización y ampliación de la participación de la zona en cadenas de mercancías de actividades periféricas.

Veamos ahora qué preguntas sobre la Unión Europea permite que nos hagamos el enfoque de los sistemas-mundo.⁷ Para ello seguiré, aunque de forma imprecisa, la distinción braudeliana entre estructuras de larga duración, coyunturas y eventos. En el primer caso, plantearé la cuestión del sistema-mundo capitalista como un todo temporal y el papel de Europa en su construcción. En el segundo, trataré del momento presente de la Unión Europea en el contexto de tres ciclos diferentes que coinciden. En el tercero, haré alguna referencia al fenómeno contemporáneo de la globalización o mundialización y sus posibles efectos sobre el proyecto de la Unión Europea.

El origen del sistema-mundo capitalista

Se puede aceptar desde la perspectiva de la investigación para la paz o de las relaciones internacionales que la Unión Europea es un proyecto del Noroeste europeo al que el Este respondió con el comunismo y el Sur con el fascismo.⁸ Sin embargo, la pregunta de la que hay que partir en el contexto del enfoque de los sistemas-mundo es otra ya que se trata de ver la Unión desde el sistema (el todo es anterior a las partes) y no de partir de los componentes de la misma (las partes como constitutivas del todo). La pregunta es saber si el mismo sistema-mundo capitalista es una construcción europea, es decir, si el núcleo del sistema estaba localizado en Europa y desde allí se extendió al resto del globo. La discusión no está cerrada y cada teoría procura arrimar el ascua de los datos a la sardina de sus postulados sin que, de momento, se haya llegado a un consenso ni sobre el cuándo ni sobre el qué. Es decir, los autores no llegan a ponerse de acuerdo sobre cuándo comenzó la existencia del actual sistema-mundo ni sobre

los factores que produjeron la aparición del capitalismo y el auge de una parte de Europa.

Las posiciones con respecto al comienzo del sistema-mundo pueden resumirse en tres: 1) la de André Gunder Frank, que pretende que el sistema mundial central, localizado inicialmente entre el mediterráneo oriental, el noreste africano y el centro-suroeste asiático, puede remontarse a 5.000 años, con ciclos expansivos y contractivos por lo menos ya en la Edad de Bronce,⁹ cadenas de mercancías que definen una estructura centro-periferia, acumulación de capital, procesos de incorporación y periferización; 2) la de Immanuel Wallerstein que, en múltiples ocasiones, se refiere a que en la Europa del «largo» siglo XVI (1450-1640) una economía-mundo no se transformó en un imperio-mundo redistributivo sino que se desarrolló hasta convertirse en la economía-mundo capitalista, el moderno sistema-mundo; 3) la de Samir Amin que, aunque no de forma explícita,¹⁰ parece preferir la identificación entre capitalismo e industrialismo y, por tanto, establecer el origen, digamos, en los últimos 200 años y con una localización más clásica: la Inglaterra estudiada por Marx.

Cada una de estas opciones tiene consecuencias políticas, razón por la que, desde cada una de ellas, se discute con relativo acaloramiento frente a las restantes. Desde la postura de Frank es obvio que poco hay que hacer frente a la economía mundial si no es defenderse, mediante los movimientos sociales locales,¹¹ de sus efectos más dañinos. Si «la mayoría de los cambios favorables y desfavorables —y, claro está, las propias respuestas ideológicas y populares— tienen su origen en la evolución económica mundial, sobre la cual la política, la ideología y la cultura existentes o en perspectiva tienen, irónicamente, un poder de transformación escaso o nulo»,¹² poco campo queda para la acción. Desde el punto de vista de Wallerstein, en cambio, sí se puede (se debe) hacer algo para transformar el sistema, pero no podemos saber los resultados de nuestra actividad con anticipación ya que, siguiendo a Prigogine, la situación consiste en una bifurcación alejada intrínsecamente del equilibrio y es imposible predecir su resultado.¹³ Para Samir Amin, finalmente (y ésa es una de sus obras más conocidas), *La desconexión* es posible y deseable, aunque dificultosa,¹⁴ posibilidad sobre la que duda Wallerstein y que niega rotundamente Frank.

A pesar de la discusión política, no es imposible pensar en modos de indagar sobre su posible compatibilidad¹⁵ por más que sus autores quieran ser incompatibles. No es imposible pensar, en efecto, que un sistema-mundo particular (el de la *oikumene*) mostró, casi desde el principio, algunas características particulares en el terreno de la acumulación de capital y la estructuración centro-periferia. Dichas características se habrían mantenido hasta nuestros días, pero se habrían visto aceleradas por el «milagro europeo» (un cambio de centro, no de sistema), sobre todo desde el ángulo de la expansión.

Comparto la opinión de los autores según los cuales «los orígenes del milagro europeo fueron una gigantesca serie de coincidencias».¹⁶ No creo, pues,

que haya una «ley» que dictara el auge de algunos países europeos. Más bien creo que fue la debilidad de sus feudalismos la que les impidió convertirse en un imperio-mundo y les permitió no desaparecer.¹⁷ Ahora bien, el hecho de que no haya que confundir capitalismo con industrialismo desde el momento en que el capitalismo no cambió en la Revolución Industrial tanto como se dice,¹⁸ no significa que no se tenga que reconocer el carácter revolucionario de la burguesía a la que se refiere el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848.

La lección que hay que extraer de estas discusiones es mucho más sencilla que las mismas: son un antídoto contra una de las enfermedades intelectuales de nuestras ciencias humanas y sociales, a saber, el eurocentrismo,¹⁹ la visión del mundo desde la estrecha perspectiva de una parte del mismo que tiene la arrogancia de pensar que el resto *debe* ser como ellos²⁰ y que borra de forma más o menos consciente las huellas de otras zonas y niega las dependencias frente a otras culturas.

El sistema-mundo capitalista no fue una creación europea. Venía de antes, pero recibió un impulso particular que provenía de partes de Europa. Aun así, «el dinamismo europeo fue sistémico. Caracterizó a Europa como a un todo, de hecho integrando sus diversidades en una única civilización, aunque las formas que emergieron en el noroeste de Europa difirieran considerablemente de las del Mediterráneo o de la Europa central». ²¹ Posteriormente, esas formas diferentes produjeron diferencias que hoy podríamos llamar «Norte-Sur», que se han mantenido con una constancia asombrosa.²²

Coyunturas

El epígrafe anterior nos ha hecho ver a Europa como centro accidental de un sistema-mundo originado fuera de ella pero que con la ayuda de su impulso se ha convertido en sistema mundial, es decir, que alcanza prácticamente a todo el globo. En ese contexto de *longue durée*, el episodio de la Unión Europea parece mínimo, pero ése es el tiempo-espacio²³ que podemos experimentar directamente.

Los avatares de la Unión Europea habría que enmarcarlos en la particular coyuntura contemporánea en la que parecen confluir tres diferentes ondas o fases de ciclos simultáneamente.²⁴ En primer lugar, tenemos los momentos finales de una fase decreciente de un ciclo Kondratiev, fase de contracción y reajuste, en la que se encuentra el sistema, aunque cada una de las zonas que lo componen esté en puntos diferentes del ciclo.²⁵ A título meramente anecdótico presento en el cuadro 1 en qué orden se suponía que recorrían el ciclo algunos países según fuentes de 1992.²⁶ Al margen de los desacuerdos entre las mismas, lo que cada una quiere indicar es el orden en que se «entra» en una recesión y, consiguientemente, el orden en que se «sale» para «entrar» en la recuperación.

El asunto se quedaría ahí si sólo se tratara de una fase más de las conoci-

das en los ciclos Kondratiev. De ella podríamos sacar la conclusión de que, igual que los países de la Unión Europea han llegado a una fase de infortunio, llegarán, y por su orden, a una fase de bonanza. La recuperación, pues, estaría cerca (si antes no hay una repetición del 1929-1939). Pero lo que hace particularmente interesante la actual coyuntura (y no sólo para la Unión Europea) es que el fin de un ciclo Kondratiev coincide con el fin de un ciclo de hegemonía, el de los Estados Unidos,²⁷ abriéndose, simultáneamente, una época de rivalidades entre las potencias centrales.

Las decadencias anteriores, la de Venecia, la de las Provincias Unidas de Holanda o la de Inglaterra fueron lentas. Ésta también lo será. Y aun manteniendo un cierto liderazgo militar, sus problemas centrales son: incremento continuo de la deuda tanto pública como privada; aumento continuado del déficit público; aumento de la pobreza; disminución del empleo fijo; conciencia de crisis —utilizada electoralmente a su favor por Clinton—,²⁸ pero sin que su elección haya supuesto superarla. El error de los errores viene de una fuente tan poco sospechosa como el *Wall Street Journal* (17 de septiembre, 1992): «Los Estados Unidos fueron incapaces de reducir el déficit público cuando los tiempos fueron buenos y, así, el gobierno no pudo aumentar el gasto o disminuir los impuestos cuanto los tiempos fueron malos».

La crisis, en Europa, tiene sus matices propios. En todo caso, la crisis previa a las turbulencias aparentes a partir del 16 de septiembre de 1992, no se reducía, como es de suponer, a «las posibilidades de que colapsara el acuerdo sobre la unión política y económica europea y a que los diferentes países de la Comunidad Europea pudieran buscar ventajas comparativas sobre los otros mediante la devaluación de sus monedas». Tampoco, como también se ha di-

CUADRO 1. Orden en que se recorre el ciclo

<i>The Economist</i>	<i>Unión de Bancos Suizos</i>
Australia	Canadá
Estados Unidos	Estados Unidos
Canadá	Francia
Suecia	Suiza
Reino Unido	Italia
Suiza	Reino Unido
Francia	Alemania
Italia	Japón
España	
Holanda	
Alemania	
Japón	

cho, a las «maliciosas maniobras de gobiernos que intentaban usar la fuerza del marco para hacer funcionar las propias economías como si fueran fuertes».²⁹ Ni tampoco al hecho de que «Europa hubiese quedado cogida entre dos fuerzas formidables: la unificación alemana y los dólares baratos que llevaría a subidas del marco alemán y a ulteriores bajadas del dólar que, a su vez, pondrían en dificultades a las monedas más débiles del Mecanismo Europeo de Cambios».³⁰ En la Comunidad Europea, había que comenzar por los problemas de Alemania: Kohl, por motivos electorales, forzó una unificación y el cambio de uno por uno de los marcos de ambas Alemanias; cuando el coste de tal operación fue evidente, el gobierno persistió en seguir pidiendo prestado; en las últimas elecciones, Kohl aseguró a los electores que no habría más impuestos para financiar la unificación; el Bundesbank decidió no cargar los préstamos sobre la inflación y forzó unos tipos de interés elevados incrementando la diferencia con el dólar. Una política económica miope y provinciana, en definitiva,³¹ que chocaba con la de «otros países europeos [que] necesitan desesperadamente tipos de interés mucho más bajos para relanzar el crecimiento, pero que no podían hacerlo dada la situación excepcional de Alemania».³² Si se prefiere otra formulación también publicada, «Alemania estaba exportando la recesión al resto de Europa».³³

Lo que estas turbulencias manifiestan más allá de la superficie es el período de rivalidades entre potencias que atraviesa el ciclo de hegemonía. Se trata, pues, de una coyuntura aunque, aparentemente, el resultado es un mundo triádico o (momentáneamente) multicéntrico.³⁴ Pero también aquí podríamos predecir una resolución ulterior de las rivalidades en el sentido de la aparición de una nueva potencia hegemónica si no fuera porque esta fase final de un ciclo de hegemonía se superpone con la fase final de un ciclo de mucha más larga duración: la del fin del capitalismo. Lo que defienden algunos de los que pueden adscribirse al enfoque de los sistemas-mundo no es sólo el que nos encaminemos hacia una sociedad «post-capitalista», sino que el sistema, como tal, se acerca a su fin que quizás llegue antes del 2050.³⁵

El resultado para la Unión Europea (como para los restantes actores del mundo policéntrico) es una cierta indefinición. Existe el planteamiento de la «Fortaleza Europa» como medio de afrontar la fase decreciente del ciclo Kondratiev que se mezcla con el planteamiento de la rivalidad con los Estados Unidos (y NAFTA) bien evidentes en las etapas conclusivas de la Ronda Uruguay,³⁶ como también con el planteamiento de la rivalidad con el Japón y sus satélites, y todo ello, a su vez, mezclado con la decadencia de una zona del sistema mundial que ya no es el centro. «La Europa occidental ya no es el área dominante del mundo», como dijo Warren Christopher.³⁷

Del sistema-mundo al sistema mundial

Pasamos, así, a la *histoire événementielle*. El entorno socio-económico actual ya no es local. Es el mundo. Y la historia se ha acelerado desde principios de siglo gracias a las tecnologías de la información. «La telegrafía sin hilos permitió mantener y transmitir señales horarias precisas alrededor del mundo de modo que, cuando en 1912 París albergó la Primera Conferencia Internacional sobre el Tiempo, la estructura de un sistema global ya estaba a punto. Y en 1914 el mundo entró en guerra según las guías de movilización facilitadas por ese tiempo universal coordinado.»³⁸ A eso se han añadido, recientemente, las desregulaciones.

Es relativamente fácil llegar al acuerdo de que en el mundo contemporáneo son evidentes los procesos que llevan a la globalización, a la creación de una cierta entidad mundial que tiene aspectos relacionados con la población, la economía, la política, la cultura y el sistema militar.³⁹

El aspecto más llamativo de la globalización económica es el de los mercados financieros y de divisas y su relativa independencia de la llamada «economía real», la de la producción de bienes y servicios. Según algunas fuentes, las transacciones diarias en los mercados de cambios han pasado de 290.000 millones de dólares en 1986 a más de 700.000 en 1990. En 1994 esos flujos financieros alcanzarán la cifra de 1,3 billones de dólares al día.⁴⁰ Estamos, pues, ante algo importante que puede «mover» algún que otro dinero. Sólo en la City londinense, que ocupa el primer lugar en el mercado, seguida por Tokio y Nueva York, se mueven al día 300.000 millones de dólares en divisas, una cantidad equivalente al 30 % de todos los bienes que el Reino Unido produce al año. De aquella cifra, algo así como 30.000 millones, cantidad nada despreciable, se mueven diariamente en el nuevo parque de los Midland Global Markets.⁴¹ Se entiende entonces «la diferencia entre Tanzania y Goldman Sachs»: «El uno es un país africano que gana 2.200 millones de dólares al año y los reparte entre sus 25 millones de habitantes. El otro es un banco de inversión que gana 2.600 millones de dólares, de los que distribuye lo esencial entre 161 personas».⁴²

El hecho es que «el mercado de divisas es de los más especulativos». Del movimiento diario neto de divisas en el mundo, sólo el 10 % o el 15 % obedece a operaciones de pago o cobro de intercambios comerciales de mercancías y servicios. El resto se trata de operaciones puramente financieras que, en momentos de crisis, se concentran en el corto plazo.⁴³ Junto a esto, está el caso del llamado «dinero caliente» (movimientos internacionales de capital a corto plazo bajo un sistema fijo de cambio y que están movidos por especulaciones sobre inminentes devaluaciones —o revaluaciones— o por diferenciales de tipos de interés). El «dinero caliente» puede actuar como una profecía que se autorrealiza: llega a un país especulando con una revaluación de la divisa y *precisamente por ello* puede producir dicha revaluación so pena de inflación.

Además de lo dicho, está el dinero que proviene del narcotráfico, controlado por mafias cuyo poder no deja de crecer y que se deriva de la conjunción de los siguientes factores: 1) el desarrollo de *nuevas tecnologías de la información*, que permiten transferir miles de millones de dólares alrededor del mundo en cuestión de segundos; 2) el *colapso del comunismo*, que produce en aquellos países una mezcla devastadora de búsqueda del beneficio y gobiernos débiles o incapaces de introducir un mínimo de orden; 3) la menguante importancia de las *fronteras nacionales*; 4) el creciente apetito de *drogas* (sobre todo cocaína) por parte de los países ricos. ¿Cuál es el resultado? Que la nueva mafia global (rusa, china) se convierte en la amenaza más importante para el mundo hasta el punto de que la CIA se pregunta si esa mafia podrá llegar a tener armas nucleares.⁴⁴

No deja de asombrar que se sigan dando cifras económicas oficiales cuando hay cálculos como los siguientes: el negocio mundial de la cocaína sería de 130.000 millones de dólares.⁴⁵ Las ventas en Europa de heroína, cocaína y cannabis serían de 16.000 millones de dólares al año, de los que unos 10.000 millones tendrían que ser «lavados» en el sistema financiero europeo, ya que los beneficios se encuentran entre el 50 y el 70 % de la cifra de ventas.⁴⁶ Sólo en España y entre 1991 y 1993 habrían sido lavados 230 millones de dólares procedentes de la venta de estupefacientes.⁴⁷ Finalmente, los beneficios mundiales del crimen organizado alcanzarían el billón de dólares anuales.⁴⁸ Hay razones para no creerlo (una de ellas son las discrepancias entre las fuentes), pero no hay razones para negar la existencia de enormes cantidades de dinero fuera del control oficial. Un ejemplo más son los paraísos fiscales y demás centros financieros *off-shore*, en los que se acumulan miles de millones de dólares que no aparecen en las estadísticas de las balanzas de pago.⁴⁹

La expresión política de esta realidad globalizadora es la empresa multinacional que no tiene institución internacional que la constriña y sí toda la libertad para moverse de un país a otro y, sobre todo, moverse financieramente controlando como controlan las 200 mayores una cuarta parte del Producto Mundial Bruto y en progresión ascendente. Las multinacionales desafían los conceptos convencionales de soberanía nacional y representan, mejor que nada, lo que Braudel llamaba «capitalismo». Pero, de todos modos, se encuentran ante una curiosa alternativa: por un lado, necesitan el máximo de integración del mercado mundial, ya que sus necesidades son las de mercados cada vez mayores; pero, por otro, necesitan adaptarse a la diversidad real de esos mismos mercados y utilizar el principio de «divide y vencerás» como instrumento de penetración imperial.⁵⁰

La economía mundial es contrapesada por nacionalismos económicos, es decir, por el proteccionismo. En general, la tendencia a la globalización se ve, por lo menos, compensada por un hecho bien simple: ¿por qué los beneficios se acumulan en unos países y no en otros? La realización del beneficio es local y

muy local y, aunque hay unas 35.000 empresas transnacionales, más de la mitad de las 200 primeras multinacionales por cifra de negocios son japonesas y estadounidenses, y el resto básicamente europeo, con la excepción de Corea del Sur, que en 1992 tenía tres de dichas multinacionales, y Brasil, que tenía dos.⁵¹

Si algo hay evidente en una economía global es el nacionalismo económico, contra el que tan dificultosa (e hipócritamente) se lucha en el GATT. En su informe de 1988, el Bank of International Settlements reconocía que el 50 % del comercio mundial de mercancías estaba «gestionado» de una forma u otra. El resto era «libre (?) comercio». Por otro lado, en la última década, sólo 4 de los entonces 24 miembros de la OCDE redujeron sus barreras comerciales, mientras los restantes 20 las incrementaron.⁵²

Los mercados financieros internacionales ya están en el siglo XXI, mientras las legislaciones de los Estados se quedan obsoletas; el resultado es un sistema mucho más vulnerable ante los choques inesperados, dada la inmensa suma de capital en movimiento, la comunicación a gran velocidad, los nuevos instrumentos financieros y la apertura de los mercados nacionales a los competidores foráneos. Esa vulnerabilidad pone frecuentemente al sistema al borde del *crack* como en 1987, 1989 y 1992.⁵³ A esto hay que añadir la frase, para mí definitiva, de un *leader* de *The Economist* (26 de septiembre, 1992): «El triunfo reciente de los mercados de capital sobre los gobiernos», refiriéndose a la conmoción financiera de finales de septiembre con la salida de la libra y la lira y con la devaluación de la peseta.

La desregulación absoluta de los mercados de divisas ya no la defiende ni *The Economist*⁵⁴ y, en todo caso, la victoria de 1992 tendría que haber hecho ver la relativa transnacionalización de la economía y la subsiguiente pérdida de competencias reales por parte de los ministros de economía. En el solo día en que se sacó a la libra esterlina del Sistema Monetario Europeo, sin ir más lejos, las empresas dedicadas a este negocio vinieron a ganar 500 millones de dólares en comisiones.⁵⁵ Los «especuladores» (que no son tales, sino personas que aplican las reglas más básicas del mercado para maximizar su beneficio, pero que son llamados tales por parte de los dolidos ministros de economía) han estado en los medios de comunicación, sobre todo desde que un joven empleado del Bank of America reconociera ante la BBC que el Miércoles Negro (16 de septiembre, 1992) había conseguido unas primas de 10 millones de libras esterlinas gracias al colapso de la libra.

Las perplejidades en la Unión Europea

Aparecen tres tipos diferentes de actores situados en tres niveles distintos: tenemos, en primer lugar, los 15 Estados, cada uno con su problemática específica, compuestos por naciones (hay muy pocos Estados-nación) y por clases sociales; en segundo lugar, su asociación (la Unión Europea) es algo más que la suma de

las partes y no es la única Unión que aparece en el horizonte del sistema mundial; finalmente, las multinacionales están presentes en esas Uniones y en los Estados miembros. Cada uno de estos actores se relaciona con los restantes. Las relaciones e interacciones entre ellos pueden esquematizarse siguiendo el cuadro 2, en el que cada uno de ellos es visto como agente o emisor para cada uno de los tres. La cifra de las casillas se refiere al orden en que se van a recorrer a continuación.

CUADRO 2. *Relaciones posibles entre actores*

		EMISOR		
		Estados	Unión Europea	Multinacionales
RECEPTOR	Estados	1	5	4
	Unión Europea	7	6	3
	Multinacionales	8	9	2

1. *De Estado a Estado.* Éste es, a mi entender, uno de los puntos débiles del enfoque de los sistemas-mundo, sobre todo en la versión de Wallerstein. Según éste, los estados fueron originariamente un instrumento utilizado por las clases capitalistas locales para asegurarse el beneficio. Son, pues, necesarios para el sistema, pero para que funcione ningún Estado puede tener la capacidad de transformar el sistema interestatal en una entidad política única cuyas fronteras coincidan con las de la división del trabajo. En ese caso, el sistema desaparecería. Por otro lado, la relación entre Estados de los países centrales es de rivalidad por conseguir la hegemonía y, como ya he dicho, la coyuntura presente es, precisamente, de «hegemonía vacante» que varios actores se disputan.

2. *De multinacional a multinacional.* Pero la política no lo es todo. Paralelamente a la cuestión de la hegemonía se plantea la cuestión de la competencia comercial que en el mercado global se ha establecido, tradicionalmente, en términos de precio y calidad. Precio relativamente bajo y calidad relativamente alta eran garantía de éxito en dichos mercados, en los que se buscaba la realización de beneficios sea directamente (ventas rentables), sea indirectamente (consecución de cuotas de mercado). Ahora bien, en las fases decrecientes del ciclo Kondratiev como la que atravesamos se producen las presiones mayores para reducir los costes, normalmente del trabajo, para mantener así el nivel de acumulación de capital. Las políticas dirigidas a tal fin son bien conocidas: se exportan empresas (y, por tanto, empleos), se reducen plantillas para abaratar los costes, se introducen tecnologías que expulsan mano de obra.⁵⁶

3. *De las multinacionales a la Unión Europea.* El resultado es que en 1994 habrá 19 millones de parados en la Unión Europea, de los cuales la mitad serán parados de larga duración. Para el 2000 harán falta 10 millones de nuevos puestos de trabajo para reducir la tasa a un 7 %. Para el 2010 harán falta 25 millones más para hacer frente a un aumento del 15 % en la fuerza de trabajo europea. Lo que llaman «precarización» del empleo es ya una realidad no sólo en la Unión: de 1.250.000 empleos creados en 1993 en los Estados Unidos, dos tercios son a tiempo parcial y/o temporales.⁵⁷ Y a este proceso global no son ajenas las grandes empresas multinacionales: en los últimos diez años, las 500 empresas mundiales más importantes han despedido a una media anual de 400.000 asalariados a pesar de la fuerte progresión de sus beneficios,⁵⁸ al tiempo que crecía el fenómeno de las «maquiladoras», y no sólo en México.⁵⁹ Los salarios mínimos europeos no pueden competir con el «dumping social» de jornales, como en Myanmar, de 15 centavos de dólar.⁶⁰

4. *De las multinacionales a los Estados.* El resultado es que los Estados pierden capacidad de decisión en el terreno económico: poco pueden hacer para impedir la «deslocalización».⁶¹ De todos modos, las multinacionales no parecen desear que exista la «competencia perfecta», ya que entonces tenderían a minimizar los beneficios, y eso va contra sus intereses evidentes, y mientras a corto plazo la maximización del beneficio requiere que se maximice el excedente que se retira del inmediato consumo de la mayoría, a largo plazo, en cambio, la producción continuada de excedente requiere una demanda masiva que sólo puede crearse mediante la distribución del excedente retirado. Ahí entra la necesidad de construir bloques comerciales (que, en nuestro caso, sería la tradición marxista sobre la creación de la *Europa de los mercaderes*) y, al mismo tiempo, garantizar un mínimo de «Estado del Bienestar» keynesiano directamente⁶² o mediante políticas de «solidaridad interterritorial», «fondos de compensación», «fondos FEDER», etc.

5. *De la Unión a los Estados.* Un enfoque holístico como pretende ser el de los sistemas-mundo no tiene por qué sostener que algún factor es «determinante en última instancia». Una vez puesta en funcionamiento la Unión Europea, ésta adquiere un dinamismo propio,⁶³ uno de cuyos efectos es que una parte de la soberanía de los Estados pasa a la Unión. Desde este enfoque, un segundo fruto es que, en contra de lo previsible, los nacionalismos experimentan un auge y se hacen más visibles las propuestas de una *Europa de las naciones* y la emergencia de un nacionalismo de la «nación» europea.⁶⁴

6. *Relaciones entre bloques.* Si lo dicho hasta aquí es cierto, el funcionamiento de la Unión Europea no es comprensible sin referencia a los restantes bloques, sea cual sea su estado de constitución, y viceversa. No es fácil saber si estos bloques comerciales (aunque no de inversión) son un instrumento pasajero de la lucha por la hegemonía dentro del sistema o son, más bien, un indicador del cambio de sistema, una forma particular de superar la crisis del capitalismo

histórico. Si esto último fuera correcto, y yo me inclino a pensar que lo es, los bloques comerciales, que nunca llegarían a ser un Estado federal o una confederación, estarían ocupando el lugar que ocuparon los Estados durante el capitalismo histórico (en el sentido de Wallerstein), y serían el instrumento de supervivencia del sistema mundial (en el sentido de Frank) o del capitalismo (en el sentido de Braudel). Muchos de los conceptos que se han aplicado a las relaciones interestatales podrían aplicarse ahora a las relaciones entre bloques, incluida la rivalidad en pos de la hegemonía e incluida también la exclusión de las periferias tanto internas como, sobre todo, externas. Y, sobre todo, podría aplicarse a la creación de bloques la misma idea aplicada a la aparición de los Estados modernos: que unos y otros son resultado de los intereses de las élites. Los sindicatos estadounidenses han comprendido que con el TLC (NAFTA) hay ganadores y perdedores en términos de clases sociales, no sólo de territorios.

7. *De los Estados a la Unión.* Pero con un mundo de bloques comerciales no se llega a un «estadio final» libre de contradicciones (*Endzustand*) sino que éstas continúan en la medida en que «toda política es local». Los Estados miembros no mueren, sino que intentan moldear la Unión siguiendo sus intereses políticos, los de sus multinacionales y los de sus empresas nacionales-locales que, a su vez, suelen ser contradictorios.⁶⁵ En este sentido, se ha dicho que la batalla sobre el mínimo de votos necesario para bloquear una ley en la Unión Europea «es una escaramuza inicial de la madre de todas las batallas de la Unión Europea que estallará en 1996, cuando haya que revisar el tratado de Maastricht».⁶⁶ Con la aparición del Estado moderno no sólo no desaparecieron sus elementos constitutivos (las clases) sino que aparecieron otros nuevos (como la nación). Del mismo modo, con el nuevo papel de los bloques comerciales no sólo no desaparecen sus elementos constitutivos (los Estados), sino que aparecerán otros nuevos.

8. *De los Estados a la multinacionales.* El papel de los gobiernos nacionales en un «mundo sin fronteras», nos dice Kenichi Ohmae, sería el de representar y defender los intereses de sus ciudadanos, no el de las empresas. Es cierto, añade, que muchas empresas todavía dependen de sus respectivos gobiernos para la financiación, la protección interna y la protección de cara al mercado internacional, y son también muchas las que producen para mercados locales. Pero la nacionalidad, afirma, desaparecerá para un creciente número de empresas que sirven al mercado global y compiten en el contexto global.⁶⁷ Los Estados intentarán controlarlas, pero inútilmente. Además, en un contexto de una economía global, cada Estado ha buscado sus propios intereses. Con ello se ha puesto en peligro el conjunto y, paradójicamente, la satisfacción de aquellos mismos intereses.

9. *De la Unión a las multinacionales.* La alternativa para el control democrático de las multinacionales,⁶⁸ fracasado el Estado y fracasada la OIT, son los

bloques comerciales. Pero está por ver si el control de la Unión Europea sobre las empresas va a ser real. De momento y como ejemplo, lo que hay es, a partir de abril de 1995, una regulación sobre la auditoría de la eco-gestión (EMA) a la que pueden someterse las empresas... voluntariamente. Algunos de los requisitos de la EMA no son seguidos, en la actualidad, ni por un 3 % de las empresas francesas. Otros, como la existencia de un «balance ecológico», sólo se dan en un 15 % de las empresas entrevistadas en Europa, Canadá y los Estados Unidos.⁶⁹

En mi opinión, el punto 6 es el central, y los tres siguientes muestran las contradicciones del sistema que darán paso a ulteriores bifurcaciones alejadas del equilibrio. El *futuro de Europa* no está escrito en ninguna «ley histórica», pero tampoco se deriva del voluntarismo de actores (ciudadanos, partidos, gobiernos) más o menos bienintencionados: hay límites sistémicos a la acción social, pero que haya límites no significa que nada se pueda hacer. Nada impide que haya que plantearse cuál deba ser esa acción, porque es posible y sus efectos, reales.

Epílogo

El enfoque de los sistemas-mundo es uno más y no tiene por qué sustituir a los otros posibles. Tiene la ventaja de que describe con cierta coherencia las limitaciones y constricciones de muchas acciones sociales y, por tanto, también de los diversos proyectos relacionados con la Unión Europea u otros bloques como el TLC (NAFTA). Esas limitaciones provienen de un sistema (que es más que la suma de sus partes) que tiene su propia lógica y en el que se encuentran los diferentes Estados agrupados en centrales y periféricos y los diversos bloques que, con el tiempo, también podrían clasificarse en centrales y periféricos. En cambio, tiene la desventaja de que no da pautas unívocas de actuación política, pero es una forma de ver las cosas aconsejable para que el análisis político no caiga en el *wishful thinking*. Como en el juego japonés de origen chino, el *go*, hay que pensar globalmente y actuar globalmente: el sistema es mundial.

NOTAS

1. Ejemplos: el n.º 118-119 de *Análise Social*, el n.º 203 de la *New Left Review*, el n.º 56 de *Économie Internationale*, el n.º 6 de *Politis. La Revue* y el n.º 136 de *Tiers-Monde*. Por el contrario, el n.º 25 de *L'Événement Européen* parece ser el último.

2. A pesar de la reunión de APEC del 19-20 de noviembre de 1993 en Seattle, creo que México y los EE.UU. no formarán parte del bloque de los países que dan al Pacífico. No veo a los americanos en el futuro *caucus* económico del Este asiático (EAEC).

3. J.M. Tortosa, *Sociología del sistema mundial*, Madrid, Tecnos, 1992, pp. 64-71.

4. I. Wallerstein, *Report on an Intellectual Project: The Fernand Braudel Center, 1976-*

1991, Nueva York, State University of New York at Binghamton, Fernand Braudel Center, 1991, pp. 1-2.

5. Discusiones recientes en el monográfico *Economies et Sociétés. Serie Développement, connaissance et progrès*, F. 33, 7-8 (1993).

6. En sentido contrario, J.S. Nye Jr., «The Changing Nature of World Power», *Political Science Quarterly*, CV, 2 (1990), 177-192.

7. Para una revisión de las polémicas más recientes dentro del enfoque y para las tomas de posición más relevantes ver: C. Chase-Dun y T.D. Hall, «Comparing World-Systems: Concepts and Working Hypotheses», *Social Forces*, LXXI, 4 (1993), 851-886; S. Amin, *Capitalismo y sistema-mundo*, Cerdanyola del Vallès, La Farga Eds., 1993; A.G. Frank, «A Theoretical Introduction to 5.000 Years of World System History», *Review*, XIII, 2 (1990), 155-248; íd., «A Plea for World System History», *Journal of World History*, XX, 1 (1991), 1-28 [publicado también en *Cuadernos Americanos*, XXX, 4 (1991)]; I. Wallerstein, «World-Systems Analysis: The Second Phase», *Review*, XIII, 2 (1990), 287-293; íd., «World System versus World-Systems: A Critique», *Critique of Anthropology*, XI, 2 (1991), 189-194.

8. Ver J. Galtung, *Europe in the Making*, Nueva York, Crane Russak, 1989. Algunos elementos históricos internos (incluida la Guerra Fría) en la construcción de la Unión Europea los he expuesto en J.M. Tortosa, *El nacionalismo europeo*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, cap. 2.

9. A.G. Frank, «Bronze Age World System Cycles», *Current Anthropology*, XXXIV, 4 (1993), 383-430. Para Frank el nombre que se le dé (capitalismo, por ejemplo) no añade mucho al conocimiento de cómo funciona realmente el sistema: íd., «Another Look at History (in Transition)», *IFDA Dossier*, 80 (1991), 83-84; «Transitional Ideological Modes: Feudalism, Capitalism, Socialism», *Critique of Anthropology*, XX, 2 (1991), 171-188.

10. *Capitalismo y sistema-mundo*, *op. cit.*, pp. 14-15.

11. Véase la diferencia entre M. Fuentes y A.G. Frank, «Ten Theses on Social Movements», *World Development*, XVII, 2 (1989), 179-191, y S. Amin, «Social Movements at the Periphery», en P. Wignaraja (ed.), *New Social Movements in the South*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 76-100.

12. A.G. Frank, «Ironías de la economía europea: Una interpretación de las políticas occidentales y orientales basada en la economía mundial», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 132 (1992), 267.

13. I. Wallerstein, «The World-System After the Cold War», *Journal of Peace Research*, XXX, 1 (1993), 5.

14. S. Amin, «The Challenge of Globalization: Delinking», en The South Centre, *Facing the Challenge. Responses to the Report of the South Commission*, Londres, Zed Books, 1993, pp. 132-138.

15. Incluso compatibilidad política. Ver J.M. Tortosa, *La pobreza capitalista*, Madrid, Tecnos, 1993, pp. 139-141.

16. M. Mann, *The Sources of Social Power. Vol. I, A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 505. También D. Chirot, «The Rise of the West», *American Sociological Review*, L (1985), 181-195. Las coincidencias según Wallerstein en «World System versus World-Systems: A Critique», *Critique of Anthropology*, XI, 2 (1991), 190.

17. S. Amin, *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*, Sussex, The Harvester Press, 1976, cap. 1.

18. F. Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme. XVe-XVIIIe Siècle*, vol. 3: *Le Temps du Monde*, París, Armand Colin, 1979, p. 538.

19. S. Amin, *L'eurocentrisme. Critique d'une idéologie*, París, Anthropos, 1988.

20. J.M. Tortosa, «La cuestión de la identidad en las Ciencias Sociales contemporáneas», en VV.AA., *Escritos de teoría sociológica en homenaje a L. Rodríguez Zúñiga*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992, 1.111-1.126; R. Díaz Cruz, «Experiencias de la identidad», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 2 (1993), 63-74.

21. M. Mann, *The Sources of Social Power. Vol. I, A History of Power from the Beginning to AD 1760*, op. cit., p. 504.

22. A.G. Frank, «Sin novedad en el Este. El mito del "nuevo orden" mundial», en S. Brucan, A.G. Frank, J. Galtung e I. Wallerstein, *El orden mundial tras la crisis de la guerra del Golfo*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, pp. 31-77.

23. I. Wallerstein, «The TimeSpace of World-Systems Analysis: A Philosophical Essay», Distinguished Lecture in Historical Geography of Social Change, Association of American Geographers, San Diego, 19 de abril, 1992, mimeo.

24. J.M. Tortosa, «Sobre el futuro del sistema-mundo capitalista», *Sistema* (en prensa).

25. M. Rojas, «Notas para el estudio del cambio social a comienzos del quinto ciclo del Kondratiev», *El Trimestre Económico*, LVIII, 229 (1991), 47-72. Para el desfase español ver: A. de Miguel, *La España cíclica*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987.

26. Respectivamente, *The Economist, Year Book. 1992 Edition*, p. 240, y Unión de Bancos Suizos, *International Finance*, 11 (1992), p. 13.

27. I. Wallerstein, «America in the World. Today, Yesterday and Tomorrow», *Theory and Society*, XXI, 1 (1992), 1-28. También, aunque desde otros enfoques: R.R. Nelson y G. Wright, «The Rise and Fall of American Technological Leadership: The Postwar Era in Historical Perspective», *Journal of Economic Literature*, XXX, 4 (1992), 1.931-1.964; G. Duruflé, «Le débat récent sur l'érosion des positions américaines dans la compétition internationale», *Économies et Sociétés*, XXVII, 9, Serie «Relations économiques internationales», P, 32 (1993), 99-142; R. Matthews, «Los Estados Unidos a finales del siglo americano: Un destino menos manifiesto», en Seminario de Investigación para la Paz, *Los nacionalismos*, Centro Pignatelli ed., Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1994, pp. 431-442.

28. Hugo Young, «Scepticism would be better», *The Guardian Weekly* (6 de septiembre, 1992).

29. *Ibid.*

30. *The Economist* (19 de septiembre, 1992), p. 15.

31. R.J. Whalen, «For the Turmoil in Europe, Blame the Chancellor», *International Herald Tribune* (18 de septiembre, 1992).

32. *The Guardian Weekly* (30 de agosto, 1992).

33. *The Guardian Weekly* (9 de agosto, 1992).

34. S. Amin, *Maldevelopment: Anatomy of a Global Failure*, Londres, Zed Books, 1990. L.C. Thurrow, «Who Owns the Twenty-First Century?», *Sloan Management Review*, XXXIII, 3 (1992), 5-17, afirma que será la Unión Europea quien salga ganando. Lo dudo.

35. I. Wallerstein, «The World-System after the Cold War», *Journal of Peace Research*, XXX, 1 (1993), 1; J.M. Tortosa, «Sobre el futuro del sistema-mundo capitalista», *Sistema* (en prensa). Obviamente, Frank no cree en tal posibilidad. En eso es mucho más fiel a Braudel que el director del Fernand Braudel Center (ver F. Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme. XVe-XVIIIe Siècle*, vol. 3: *Le Temps du Monde*, op. cit., pp. 543-548).

36. Para una temprana advertencia sobre la «inevitable pérdida de hegemonía en Europa por parte de los Estados Unidos» y la creciente atención de éstos hacia el Pacífico, ver A.G. Frank, *The European Challenge*, Londres, Spokeman, 1983, esp. pp. 86-88.

37. *The Guardian Weekly* (24 de octubre, 1993).

38. D. Pick, *War Machine: The Rationalization of Slaughter in the Modern Age*, Yale University Press, 1993.

39. Para más detalles ver J.M. Tortosa, *Sociología del sistema mundial, op. cit.*, cap. 1. Para la economía: M. Carnoy y otros, *The New Global Economy in the Information Age: Reflections on Our Changing World*, University Park, PA, Penn State University Press, 1993; VV.AA., *La economía mundial en los 90. Tendencias y desafíos* (coord. Carlos Berzosa), Madrid, Fuhem-Icaria, 1994.
40. F.F. Clairmont y J. Cavanagh, «Sous les ailes du capitalisme planétaire», *Le Monde Diplomatique*, n.º 480 (marzo 1994), p. 27.
41. G. Wansell, «The new gospel according to lucre», *The Guardian* (2 de agosto, 1993), p. 2.
42. *The Guardian* (10 de diciembre, 1993).
43. *El País* (19 de septiembre, 1992).
44. M. Elliot, «Global Mafia: Crime Goes International» (Informe especial), *Newsweek* (13 de diciembre, 1993), pp. 22-31.
45. *Time* (20 de febrero, 1989).
46. *The Economist* (27 de octubre, 1990).
47. *El País* (5 de abril, 1994), p. 22.
48. M. Elliot, «Global Mafia: Crime Goes International», art. cit.
49. Para algunos cálculos sobre estos capitales y su papel en la financiación internacional ver B. Brown, *The Flight of International Capital*, Londres, Routledge, 1987.
50. R. Barnet y J. Cavanagh, *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.
51. F.F. Clairmont y J. Cavanagh, «Sous les ailes du capitalisme planétaire», art. cit.
52. C.F. Bergsten, «The World Economy After the Cold War», *California Management Review*, XXXIV, 2 (1992), 51-65.
53. Juan Velarde Fuentes reconoce el temor a que se repitan en serio los *cracks*, en *ABC* (3 de abril, 1994), p. 41. Paul Samuelson lo intenta ahuyentar con un «podiera no darse una caída en Wall Street en 1994», en *ABC* (4 de abril, 1994), p. 37. El *Guardian* avisa en su portada del día siguiente: «Esto no es una repetición del “crash” del 87». Luego es posible.
54. *The Economist*, «Splendid speculators» (10 de octubre, 1992), pp. 15-16. Las críticas en *The Guardian* son más esperables: G. Wansell, «The new gospel according to lucre» (2 de agosto, 1993), pp. 2-3.
55. Frank Kane en *The Guardian Weekly* (27 de septiembre, 1992), p. 6.
56. Ejemplo: J. Takahashi, «Low-growth trend bodes ill for economy», *The Nikkei Weekly* (21 de febrero, 1994), p. 6.
57. M. Woollacot, «Nightmare proposition of a world that doesn't share», *The Guardian* (11 de agosto, 1993), p. 16.
58. Frédéric F. Clairmont y John Cavanagh, «Sous les ailes du capitalisme planétaire», art. cit.
59. M. Kenney y R. Florida, «Japanese Maquiladoras: Production Organization and Global Commodity Chains», *World Development*, XXII, 1 (1994), 27-44.
60. El asunto, obviamente, es más complejo y no se reduce a coste de la mano de obra. Ver «Workers of the world, compete», *The Economist* (2 de abril, 1994), pp. 79-80.
61. La Suzuki que quiere irse de Linares (España) es la misma que piensa aumentar su producción en la India, donde tiene una empresa mixta con la estatal Maruti Udyong Ltd., para satisfacer el 70 % del mercado local de nuevos coches (*The Nikkei Weekly*, 21 de febrero, 1994, p. 5) y la que quiere asociarse con Changan Automobile Corp. para fabricar en la China 20.000 unidades en 1995 y 50.000 en 1996 (*El Mundo* [6 de abril, 1994], p. 64).
62. J. Takahashi, «Low-growth trend bodes ill for economy», art. cit.
63. Leon Brittan (*Europe: The Europe we Need*) también defiende la «teoría de la bicicleta»: la Unión debe seguir delante si no quiere caer.
64. Me remito a J.M. Tortosa, *El nacionalismo europeo, op. cit.* También: A.D. Smith, «A

Europe of Nations - or the Nation of Europe?», *Journal of Peace Research*, XXX, 2 (1993), 129-136; A. Catone, *Nacionalismos y crisis del Estado nacional*, Cerdanyola del Vallès, La Farga Eds., 1994, esp. pp. 34-36 y 40.

65. M. Mann, «Nation-States in Europe and Other Continents: Diversifying, Developing, Not Dying», *Daedalus*, CXXII, 3 (1993), 115-140.

66. *Foreign Report* (31 de marzo, 1994), p. 7.

67. K. Ohmae, *The Borderless World: Power and Strategy in the Interlinked Economy*, Nueva York, Harper Business, 1990.

68. M. Barratt Brown, *European Union: Fortress or Democracy?*, Nottingham, Spokesman, 1991; S. Holland, *The European Imperative. Economic and Social Cohesion in the 1990s*, Nottingham, Spokesman, 1993, pp. 72-74.

69. M. Bond, «Industry divided over the benefits of a green scheme», *The European* (1-7 de abril, 1994), supl. «Business and Economics», p. 20.

José María Tortosa (1943) es catedrático de Sociología en la Universidad de Alicante. Entre sus obras más recientes están «Sociología del sistema mundial» (1992), «El nacionalismo europeo» (1993), «La pobreza capitalista» (1993) y «Corrupción» (1995).